



Roberto Blancarte

## Batallas del 2009

Va a ser un periodo difícil, ya lo sabemos. En año de elecciones y con una economía en crisis, con el crimen organizado alimentado por el desempleo y la ausencia de valores cívicos, el pronóstico no es bueno. Y, sin embargo, también sabemos que así como no será el fin de nuestros problemas tampoco será el fin de México. ¿Cómo enfrentar el año, sin ilusiones, pero sin derrotismos, con realismo, pero con optimismo? Supongo que hay muchas maneras de hacerlo, pero me atengo a las constantes de la historia.

Empecemos entonces por decir que no es la primera vez que eso nos sucede. Hemos estado incluso en peores situaciones. De hecho, podríamos celebrar un aniversario más de una de esas fechas. La cuestión no es haber estado allí, sino cómo salimos. Hace 150 años, en 1859, estábamos en medio de una profunda crisis, política, económica, social, religiosa, cultural, total. Teníamos un Estado en bancarrota, en medio de una crisis institucional brutal. El Presidente Comonfort había renunciado después de apoyar un golpe de Estado. Luego se había arrepentido. Pero mientras tanto, la guerra civil se había desencadenado. El país tenía una nueva Constitución (una más) que, sin embargo, habría de durar. El año pasado cumplimos 150 años de su promulgación. Es, en el fondo, la misma que tenemos ahora, con algunas modificaciones (muchas), que, sin embargo, no alteraron su esencia liberal. Es, pues, la Constitución con la que todavía vivimos los mexicanos; la que nos permite, a pesar de todo, convivir entre

diferentes.

Pero no todos estaban de acuerdo con esa Constitución. Sobre todo aquellos que sentían que con ella se inauguraba una nueva época que acababa con el antiguo régimen. Lucharon porque no se acabara, con todo lo que tenían. Pero no pudieron. Al final, los liberales ganaron; pero para hacerlo, tomaron medidas que iban incluso más allá de lo que la Constitución había establecido; Juárez tuvo que dar un paso mayor y promulgar una serie de leyes que luego habríamos de llamar de Reforma y que sacudirían, primero simbólicamente y luego realmente, los cimientos del régimen. Casi todo eso se hizo hace 150 años, en medio de uno de los peores momentos de la vida del país.

Un siglo y medio después, la situación, aunque difícil, no es tan crítica. Tenemos un país con instituciones políticas mucho más sólidas, con una economía en problemas, pero con mejores bases que en el siglo XIX. Pero, sobre todo, tenemos muchas más libertades que antes y hemos aprendido a defenderlas. Parece poco, pero en estos 150 años hemos aprendido muchas cosas. Y podemos aprovechar el aniversario para hacer algo más que la celebración formal. Bastaría con que recordáramos que los cambios que el país necesita sí se pueden hacer, a pesar de quienes se esfuerzan en detenerlos.

Por todo lo anterior, quizás la batalla principal de 2009 será simbólica, más que política o económica. Lo que estará en juego podría decidirse en las mentes

**Un siglo y medio después, la situación, aunque difícil, no es tan crítica. Tenemos un país con instituciones políticas mucho más sólidas, con una economía en problemas, pero con mejores bases que en el siglo XIX. Pero, sobre todo, tenemos muchas más libertades que antes**



de los ciudadanos y los gobernantes, más que en lo material, como hace 150 años. En otras palabras, este año es muy probable que no tengamos un país más rico, pero quizás podríamos tener un país más justo. Si hay una tarea prioritaria para todos, esa es la de combatir la impunidad y el encubrimiento que tienen su origen en el abuso desde el poder público. Doy un ejemplo: como bien señalan Salvador Frausto y Témoris Grecko, autores del libro *El vocero de Dios; Jorge Serrano Limón y la cruzada para dominar tu sexo, tu vida y tu país* (Grijalbo), "en lugar de las tangas, los [temas] que debieron haber ocupado el centro del debate eran los siguientes: la intervención abusiva en la asignación de recursos públicos que realizó un diputado, Luis Pazos; la discrecionalidad con la que actúa la Comisión de Presupuesto y Cuen-

ta Pública y las enormes dificultades para hacer un escrutinio de sus actividades; la evidencia de que el panismo o un sector de éste había montado un esquema de financiamiento de organismos de ultraderecha; el recorte del presupuesto para un asunto vital, la lucha contra el sida... la subvención con dinero público de proyectos privados destinados a combatir las políticas públicas; el rompimiento sistemático de los esquemas y topes normativos para la asignación de apoyos públicos; el abuso del poder público para proteger de la acción de la justicia a ciertas personas... la falta de mecanismos para vigilar esos procesos de investigación...; y por último, que en este país sirve de poco y nada que las autoridades fiscalicen y castiguen a sus funcionarios: las multas son impuestas para salvar la imagen del gobierno, no para que

alguien las pague".

Nuestras tareas no son pequeñas, pero se pueden hacer independientemente del destino de la economía internacional y sus efectos sobre el país. No se requiere un producto interno bruto alto para meter a la cárcel a los deshonestos o a quienes han desviado indebidamente recursos públicos. Ni tampoco se necesitan grandes medios económicos para luchar contra la corrupción y abrir caminos nuevos de justicia. Las medidas importantes son las que revolucionan la mente y el espíritu, más que las obras materiales. No nos caería mal entonces un buen año contra la impunidad. Lo cual sería, además de todo, una buena manera de celebrar los 150 años de las Leyes de Reforma. ■■

[blancart@colmex.mx](mailto:blancart@colmex.mx)

JORGE MOCH

